



Xavier

Bosch Palabras que
tú entenderás



DESTINO

Palabras
que tú
entenderás

Xavier
Bosch

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1475

Título original: *Paraules que tu entendràs*

© Xavier Bosch, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S. A. U. (2019)

© De la traducción del catalán, Olga García Arrabal, 2019

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull:



Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-233-5600-3

Depósito legal: B. 15.797-2019

Impreso por Black Print

Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Un *brownie* con dos cucharillas

En Temple Bar hay que caminar con cuidado para no resbalar. Los adoquines húmedos son una trampa. Si aun así te aventuras, el gentío a la puerta de los pubs en hora punta, más que una trampa, es un engorro. Mara, con el calzado cómodo de un día de trabajo, esquivaba a jóvenes, artistas y oficinistas con corbata que, terminada la jornada del jueves, charlaban animadamente en la acera con una pinta en la mano. Mara tenía prisa por llegar al The Morgan. Iba mirando los números de los portales hasta llegar al 10 de Fleet Street, un hotel de diseño en un barrio histórico, el contraste de moda.

Nunca había estado en el The Morgan. Su hotel era otro, al norte de la ciudad, al otro lado del Liffey. Las ciudades atravesadas por un río eran su debilidad. La serenidad del Sena, la irreverencia del Tíber, la majestuosidad del Rin, la discreción del Salzach, la autoestima del Arno bajo el puente, los secretos del Potomac en cada meandro a su paso por Washington... En todos esos lugares había estado docenas de veces, y se había dado cuenta ahora, mientras caminaba con prisa por la pasarela de ma-

dera a la orilla del río. Le pareció que el Liffey llegaba agotado a Dublín, sin oponer resistencia, dispuesto a una muerte plácida en el mar de Irlanda.

Sus clientes —dos matrimonios que ya habían cumplido los sesenta— habían elegido un cinco estrellas más allá del río, un hotel de una gran cadena con más nombre, pero con menos encanto. Cuando Mara se aseguró de que estaban sentados a la mesa y de que no les iba a faltar de nada les dijo hasta mañana si Dios quiere, os recogeré a las diez y haremos la ruta de James Joyce. Luego se lavó la cara y las manos y salió corriendo hacia su cita nocturna con la excitación de los encuentros prohibidos.

No se detuvo en la recepción del The Morgan. Pasó de largo el mostrador y entró como hay que entrar en los hoteles, con seguridad. El ascensor la estaba esperando con la puerta abierta, y pulsó el botón de la cuarta planta. En el contraste entre lo nuevo y lo viejo, el ascensor había caído del lado antiguo del edificio. Aprovechó la lentitud del trayecto para mirar el móvil y asegurarse, con un vistazo al WhatsApp, del número de habitación que había recibido hacía unas horas. La espera se le había hecho larga.

Él le abrió la puerta. Marcello acababa de llegar y solo había tenido tiempo de quitarse el abrigo y tirarlo encima de la maleta del vestidor. Aún llevaba puesto el fular y no pudo ocultar la ilusión de tener a Mara delante.

—Ha pasado mucho tiempo.

—No tanto... Desde Praga.

—Pues me ha parecido media vida.

No recordaba que Marcello tuviese los ojos tan

pequeños al sonreír. Lo agarró por los flecos de la bufanda de cuadros, que le caían sobre el pecho, se puso de puntillas y le dio un beso breve.

—¿Todo bien, Mara?

—¿Acaso no te lo parece?

Dio una vuelta, alegre, para que él la pudiera repasar de arriba abajo. Los ojos de Marcello desaparecieron por completo y volvió a darle un beso en los labios, decidido. Mara le quitó la bufanda y cerró la puerta de la 408, que había permanecido abierta porque ninguno de los dos había pensado en cerrarla. Era una habitación individual que daba a un patio interior triste a más no poder.

—No tengo vistas, pero sí minibar. —Los nervios disponían por encima de la emoción—. ¿Qué quieres?

Mara se desabrochó los botones de la chaqueta roja, la dejó sobre la silla y se quedó con un jersey de rombos por encima del ombligo y unos vaqueros gastados. Con el frío que hace en la calle y lo bien que se está dentro en estos países.

—Espera un momento, hombre... —Lo cogió de las manos. Heladas—. Tenía ganas de verte, ¿sabes? Pero me daba no sé qué...

—Llegué a pensar que no volveríamos a vernos.

—¿Por qué?

—No era por falta de ganas. —Marcello le pasó el índice por la imperceptible marca de la nariz—. Me acordaba de esta cicatriz...

—Solo era cuestión de coincidir. Ha costado mucho que mi ruta se ajustara a la tuya. —Le dio otro beso suave, no podía evitarlo—. Creo que en Viena

estuvimos a punto, pero por unas horas no... Me parece que yo me iba una mañana y tú llegabas por la tarde.

—¿Puedo decirte una cosa? —A Marcello, en ese momento, le importaba un bledo si las agendas habrían podido casar y no lo hicieron—. Tienes los ojos más oscuros y más bonitos que he visto nunca, Mara Lincoln.

—Vaya, cómo me gusta estar en Dublín.

Marcello le rodeó la estrecha cintura y subió los brazos hacia los hombros para acercarse del todo a ella. Una vez abrazados, Mara buscó sus labios. Primero un contacto suave. Enseguida le recorrió el contorno con besos cortos. Le puso una mano en la cara mientras le mordía el labio inferior con ternura; le gustaba jugar con su barba. Poco a poco se encontraron las lenguas. Al principio se escrutaron con sutileza, luego se entregaron a la pasión. Estuvieron así un rato, de pie, con la luz amarilla del vestidor sobre sus cabezas.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—No sé. Estoy reventada de todo el día... —Se sentó a los pies de la cama y se quitó el jersey de rombos, que se había comprado en una tienda de O'Connell Street—. Supongo que aquí todo tiene alcohol.

—No me ha dado tiempo a mirarlo. Hemos llegado este mediodía desde Galway y aún no...

—Un poco de agua de las viejas... Así la llaman aquí, ¿no?

Marcello deslizó la puerta corredera del armario, abrió la nevera de palmo y medio y sacó dos botellitas.

—¿Ginebra, así, sola?

—*Why not?* ¿Tú no te atreves?

—Veo que también hay tónica, por si prefieres que... —Marcello, aún en cuclillas, se volvió para mirarla—. Me han dicho que en Barcelona todo cristo pide gin-tonics por la noche.

—¿Te soy sincera? No sé cuánto tiempo hace que no salgo. Estoy tan agotada que cuando llego a casa no me apetece nada salir. —Abrió la lata de Schweppes y le dio la vuelta a dos vasos que descansaban del revés—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—¿En Dublín? Dos noches. El sábado por la mañana ya volvemos. —Marcello usó los dientes para abrir una botellita que se le resistía—. Estoy con un grupo de Turín. Un autocar de cuarenta y tres, el chófer y yo. Hoy hemos estado en los acantilados de Moher, que siempre triunfan, hemos cruzado toda la isla y directos a la fábrica de Guinness. Un clásico.

—A mí la cerveza, ni fu ni fa.

—Me he comprado unos posavasos en la tienda. Me conozco el museo al dedillo.

—Y la negra todavía menos. Me resulta tan...

—A mí tampoco. De la Guinness me gusta el logo. Por eso me he comprado los posavasos. —Los sacó de una bolsa—. ¿Te gustan?

A Mara le parecía irresistiblemente guapo cuando se reía. Era un piamontés de facciones rudas. Poseía una señora nariz, llevaba barba de tres días y tenía un cabello tumultuoso que le otorgaba un aire a profesor ayudante de una universidad polaca. De filosofía, quizá. Marcello, sin embargo, era guía turís-

tico. Puede que profundizara menos en las preguntas, pero sabía muchas respuestas. Y cuando no las sabía, le echaba imaginación. Por su profesión, le pegaba ser un poco jeta, parlanchín y muy espabilado. Y, por encima de todo, a Mara le parecía que tenía un cuerpo fuerte para arrimarse a él y no soltarlo. En Praga, cuando se conocieron, no le preguntó la edad. Ahora que lo miraba con detenimiento, moviéndose por la habitación con el gin-tonic en la mano y una camisa beis por encima del cinturón, le echaba unos cuarenta y pocos. Suponía que era un poco más joven que ella. Mejor para mí, pensó.

—¡Por los viajes! —Marcello se sentó a su lado y levantó el vaso para brindar—. Por que no se acaben nunca.

—Por las aventuras... —Mara bebió un sorbo mirándolo a los ojos y sonrió con malicia—. Las de Keep Exploring, quiero decir.

—Un gin-tonic sin hielo no vale nada... —Hizo una mueca—. ¿Cómo va la empresa?

Mara no quería hablar de negocios. Le quitó el vaso de las manos y lo dejó encima de la mesilla de noche, a su lado. Las bocas volvieron a encontrarse y, por la ley de la gravedad, no tardaron en tumbarse en la cama. Él le fue desabrochando la blusa corchete a corchete, y a cada palmo de Mara que descubría la iba llenando de besos. Despacio, recorrió su cuello. Y la nuca. Y, sin prisa, llegó a la oreja. Allí se recreó hasta que Mara sintió la necesidad de reconquistar su boca. Cerró los ojos, para notar todos los sabores, para desconectar del mundo y para entregarse a los besos franceses, de lengua curiosa. Era un

juego divertido y, por el ansia de Mara, parecía no tener nunca suficiente. Marcello, un paso más allá de la excitación, se separó de ella ligeramente, tomó aire y continuó besándola en la mejilla, en la barbilla, en aquel cuello de embriagador aroma a flores de agua. Su barba dura rascaba sobre la piel brillante de Mara. Cuando hundió la cara entre sus pechos, aún no había tenido tiempo de quitarse el sujetador. Con la mano, él intentó desabrocharle el botón de los vaqueros. Un botón duro, obstinado. Con decisión no fue suficiente, y le hizo falta ayuda.

—¿Te apetece enjabonarme? —Mara, bajito, cuando notó los dedos sobre el encaje que la cremallera iba revelando.

Se desnudaron rápido, sin mirarse, con delicadeza para no pillar al otro en un gesto incómodo, con la educación implícita de los amantes primerizos. Desnudos uno frente al otro, junto al espejo de la puerta corredera, no pudieron esperar a abrazarse. Aquel calor del cuerpo a cuerpo les encendió el deseo.

El plato de ducha del The Morgan era pequeño, pero la mampara de cristal cerraba bien, el vapor se escapaba por arriba y el agua salía como le gustaba a Mara, en un chorro generoso y disperso.

—Toma.

Vertió el jabón en la mano mojada del guía italiano, dispuesto a encontrar nuevas rutas y a recorrer las que ya conocía de la primera ocasión. Unos meses antes se habían topado, espalda con espalda, en el cementerio de Josefov, y acabaron en la habitación de Mara en el Marriott de Praga, haciendo el amor dale

que dale, traviosos como una fantasía para clarinete de Schumann.

—Este gel no es de chocolate. —Se olió las manos, procurando que no se le escurriese el jabón.

—¿Te acuerdas?

Mara se volvió. Se puso de cara a la pared, con las palmas sobre las baldosas negras a la altura de la cara, y abrió las piernas como una «A» sin traba para no ver a Marcello. Quería que la sorprendiese.

Le enjabonó la espalda. Luego, unos hombros redondos que eran —lo sabía bien— uno de sus motivos de orgullo. No tardó en darle un masaje que fue subiendo hacia las cervicales. Con Mara relajada, le pidió que inclinase la cabeza hacia atrás para sujetarle el cráneo con las dos manos y, con los pulgares como morteros, presionarle el occipital con tanta fuerza como pudo para que descubriese un nuevo punto de dolor y gozo. Ella ya no estaba allí. El agua le resbalaba por la cara y se sentía, de repente, bajo una cascada salvaje.

Sin dejar que se volviese, Marcello se aclaró las manos en agua tibia y, con tacto, le deslizó los cuatro dedos mojados entre las piernas. Poco a poco, el filósofo polaco que no era polaco ni filósofo pero que en aquel arrebató le daba igual de dónde ni quién fuese, la tocaba con manos expertas, como si le fuera la vida en cada caricia. Cuando se concentraba en la obra de arte de aquellos dedos sensibles, el ardor que sentía por todo el cuerpo la dejaba sin aire.

Mara Lincoln, a tres meses de cumplir los cuarenta y ocho, alcanzó el placer infinito antes de lo que pensaba.

El agua fría de la ducha y el silencio en la cama volvieron a ponerlo todo en su sitio. Él fue el primero en quebrar la tregua.

—¿Duermes con el reloj puesto?

—¿Te molesta? —le respondió mirando la esfera grande, que marcaba las doce y diez del día siguiente—. Este no me lo quito nunca.

Marcello le agarró la muñeca, le desabrochó la correa de acero y se lo quitó.

—Ahora ya no te hace falta, Mara. Esta noche...

—Esta noche ¿qué?

—El tiempo lo controlas tú.

—Pero...

No le había dado tiempo a decir nada cuando él ya se había puesto el Omega en la muñeca izquierda.

—Me queda bien, ¿no?

—Calla.

Debería haber admitido que sí, que le quedaba bien, su reloj en una muñeca forzada y de pelo negro... Pero le había dicho que ahora el tiempo lo controlaba ella, y le hizo caso. Marcello, tumbado con la nuca apoyada en la almohada, se dejó hacer. Mara apartó la funda nórdica hasta el suelo y se montó encima de él. Lo lamió simétricamente, con dulzura. Primero el cuello. Después de los pezones, llegó adonde quería. Se entretuvo en recorrer, letra a letra, un tatuaje con el nombre de Matilda en una costilla, no muy lejos del corazón. Según le contó en Praga, era un homenaje a su madre. Aunque no fuera verdad, poco le importaba. Era el primer tatuaje que tocaba, y, con la yema de los dedos, buscaba los contornos del dibujo. Mara siguió jugando con su

cuerpo. «Quieto —le dijo mientras lo besuqueaba—. Sobre todo no te muevas.» Cuando lo tuvo a punto, se puso a horcajadas sobre él y dejó que con tres movimientos suaves, sin sacudida alguna, un cuerpo se fundiera con el otro. Era un deslizarse perfecto, largo y sin obstáculos. Ella conducía al ritmo que le convenía, en un compás constante. Él estaba en el séptimo cielo. Cuando le parecía que Marcello gemía demasiado fuerte, se detenía unos instantes y luego volvía a empezar. Antes de que el éxtasis le llegase a uno antes que al otro, Mara intercambió los papeles y se tumbó sobre el colchón.

—¿Ya me puedo mover?

—No seas bobo.

Marcello se puso encima y, de repente, Mara descubrió que le gustaba hacer el amor en italiano y que le dijese cosas mientras le mordisqueaban el lóbulo con dientes de lobo. Supieron cómo hacer que la diversión se prolongase todavía un rato.

En la ruta hacia el paraíso, Mara aún hizo que él se parara un momento, para alargarlo más.

Antes de dormirse, decidió aclarar una cosa.

—¿Ves esto tan pequeño? —Movió la cabeza hacia delante para que le mirase la nariz—. No es una cicatriz. Es una marca que me quedó como recuerdo de la varicela. Que lo sepas.

—¿Qué clase de recuerdo?

—No lo sé. De una infancia mal curada —dijo falsamente dramática.

—¿Y qué pasa si la toco? ¿Da buena suerte?

—Si la tocas significa que no volverás a verme.

Rieron y charlaron sobre Dublín y el *Ulises* hasta que los venció el sueño.

Se levantaron antes de las ocho y desayunaron en el Catherine's, un bar de aroma alsaciano a tres manzanas de Fleet Street. Un *ristretto*, una infusión de *rooibos* y un *brownie* con dos cucharillas. Marcello le devolvió el reloj y se dijeron adiós a tres días de Navidad. Él debía regresar a Turín en autocar. Ella pasó la mañana describiendo el James Joyce Centre a su grupito de ricos y, acto seguido, voló a Barcelona. No quedaron en nada. No dijeron que se querían. No habría sido verdad.